LA LEYENDA DE LA CIENCIA.

I

Lirio en botón perfumado,
Nacido en fresca mañana,
Que cultiva la virtud
Y alimenta la esperanza.
En su cáliz primoroso
Encierra, mi dulce Juana,
El candor y la inocencia;
Grato perfume del alma,
Que no conoce las penas
Ni las lágrimas amargas.

Blandamente acariciado
Por la brisa embalsamada,
El rocío consolador
Le riega con dulces lágrimas.

Y en plácidas armonías
Pasa la dulce infancia
Bajo un cielo trasparente,
Rizado de blancas gasas,
Tan puro cual la inocencia
Y bello cual la esperanza.

Irguiéndose en débil tallo
La pálida flor temprana,
Reanímase con el riego
Fecundante de la savia.
Y adquiere nuevo vigor,
Y representa más gracia,
Al toque vivificante
De la luz que dulce baña
Su casto broche, al calor
De primaveral mañana.

La tierna flor en capullo,
Sintiendo correr la savia
Por sus débiles arterias,
En los poros de su planta;
Se transforma y regenera
Más hermosa, más lozana,
Pronto á exhalar sus virtudes
En corola perfumada.

Y en poéticos arreboles
De la Aurora sonrosada,

A los besos del rocío,
Por el céfiro arrullada,
Despierta la dulce flor
De su deliciosa infancia,
Presintiendo nuevos goces,
Demostrando nuevas gracias.

Al murmurar de la fuente,
Que plácidamente baña
La suave-mullida alfombra
De verde-claro esmeralda;
El tierno, hermoso capullo,
Abre su broche de plata,
Tan blanco como el armiño
Y dulce cual la esperanza.

De su artística corola
Exhala suave fragancia
Y envía grato perfume,
Esencia dulce del alma,
El azul-claro del cielo,
Que en fulgor dorado baña
La naturaleza hermosa
Al despuntar la mañana.

II

Al claro luminar del día,
La floresta perfumada,
Bordada de blancos lirios
Y mil flores carminadas,
Luce en variados matices
Los encantos y las gracias
De la flor que al despertar
De los sueños de la infancia,
Se ostenta á la luz del sol,
Hermosa, pura y lozana.

Las pintadas mariposas
De bellas, poéticas alas,
Admiran la lozanía
De la dulce flor temprana.
Y blandamente mecida
Por la brisa embalsamada,
Los divinos ruiseñores
Saltando de rama en rama,
La acarician y la besan,
Y dulcemente le cantan.

Erguida en robusto tallo,
Se ostenta riente y ufana
Entre tiernos arreboles,

En placentera mañana.
Y á los rayos de la luz
Dorada, que dulce baña
Su primorosa corola,
Le comunica la savia
Nuevos gérmenes de vida
Que reproduzcan sus gracias.

Al tibio calor del día,
El fuego que suave mana
Por sus robustas arterias,
Cámbiase en ardiente flama;
Capaz de fundir los cuerpos,
Y de unificar las almas
En un mismo pensamiento,
En una sola palabra.

Arrullada por el céfiro
La tímida flor temprana,
Sonrojan llenas de celo
Hermosas flores hermanas.
Y al oír la voz divina
Del ruiseñor que le canta,
Recibiendo las caricias
De la brisa perfumada;
Pudorosa se conmueve;
Y de su cáliz exhala
El polen generador,

Que ávida recoge el aura,
Como germen de la vida,
Eterna esencia del alma.

III

Llega la tarde de invierno,
Y la bella flor temprana
Que rebosa de hermosura,
De juventud y fragancia;
Al rigor del vendaval
Y de blanca nieve helada,
Se agosta de día en día,
Hasta quedar marchitada;
Sin que exhale ni un gemido
Y sin que vierta una lágrima,
Porque la vida que va,
Le acompaña la esperanza.

Al rudo embate del viento,
Quedan pronto deshojadas
Las azucenas y lirios
Y las rosas perfumadas.

En el cieno confundidas,
Dentro del polvo enterradas,
En vez de las verdes hojas

De rosetas matizadas,
La desolación y muerte
Queda en el campo sembrada.

Pero ¿la muerte es acaso
La abolición de la llama
Que da calor á la vida
Iluminando nuestra alma?
¿Se extingue, pues, la materia
En la sombra de la nada,
Quedando nuestras moléculas
Y la sangre evaporada,
Confundidas en el polvo
Sin que sean utilizadas?....

¡Ah! no: eso tanto sería
Como negar, dulce Juana,
Del gran Todo la armonía
Y la progresión del alma.

¡No! El morir en la vida
No es la sombra de la nada:
Ahí donde está la muerte,
Hay germen, luz, esperanza....!

Y la vida que se va,
Vuelve al punto renovada,
Llena de fuego vital,
Con más luz y nuevas gracias.

IV

Por eso en Abril florido,
Al albor de la mañana,
Con el riego fecundante
De la bienhechora savia,
Brota el germen escondido
Que el invierno marchitara;
Porque la vida y la muerte
Se confunden y se abrazan
En un mismo pensamiento,
En una sola esperanza.

Del agua que cristalina
Bulle trasparente y clara,
Fecundando las praderas,
Las llanuras y montañas;
Disminuyendo el calórico
De etérea, esplendente llama,
Por encanto sus corrientes
Congelan paralizadas.

Y la esencia fecundante,
Conviértese concentrada,
En copos de blanca nieve,
Pura, trasparente y clara,

Marchitando la fría niebla
En el invierno las plantas.

Mas la pródiga natura,
Sintiéndose reanimada,
Vuelve de lánguido sueño
Que fría muerte aparentara.
Y al baño resplandeciente
De la tibia luz dorada,
Que da calor á la vida,
Vivificando en el alma;
De las entrañas del suelo
Y de blanca nieve helada,
Las moléculas sutiles
Se elevan evaporadas,
Hasta formar densas nubes
En la atmósfera pesada.

Al descender convertidas
En perlas dulces y claras,
Forma la lluvia fecunda
Ríos hermosos y cascadas;
Y arroyos murmuradores,
Cuyas corrientes de plata,
Bordadas de blanca espuma,
Trasparente cual las gasas,
En el azul suspendidas,
A borbotones derraman,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

La vida y la lozanía
Por los valles y montañas,
Hermoseando los paisajes
Y alimentando las plantas.

Y ahí, del polvo perdido
En las sombras de la nada,
Brota el césped y la hiedra
Con su verde de esmeralda.

La arboleda desvestida
Por encanto se engalana,
Y con variado ropaje
Entreteje la enramada.

El cielo azul suspendiendo
Rizadas, brillantes gasas,
Con lágrimas de rocío
Refresca la verde planta;
Y evaporados los copos
De blanco alud que lo empaña,
En su purísimo espejo
Dulcemente se entrelazan,
Las refulgentes estrellas
Y la hermosa vía-láctea,
Nuncio de paz y ventura,
Luz y consuelo del alma.

Los zenzontlis y jilgueros
Gozan en la enramada

De amena sombra; y entonan
Con voz meliflua y variada
Dulces cánticos, que expresan
Cada nota, una esperanza;
En cada voz, un suspiro;
Cada frase, una plegaria;
Tan dulces como la dicha,
¡Tan tiernos como la infancia!

Brotan las flores del campo,
Sintiéndose acariciadas
Por la luz esplendorosa
Y por los besos del aura;
Y en bellos matices bordan
La floresta marchitada,
Embalsamando el ambiente
Con aroma delicada.

V

Pero ¿es racional excluir
La naturaleza humana
De esa gran luz creadora,
Regeneradora y sabia,
Cuando vemos que'n el mundo,
La creación, mi dulce Juana,
Se encuentra por una misma
Y eterna ley gobernada?